



# HASTA LA BOLA

José Luis Murcia

**E**l guarda se frotó una y otra vez los ojos. No podía creer lo que estaba viendo. Apenas quedaba una hora para la apertura del Mercado del Olivar, en pleno centro de Palma, y el cadáver yacía sobre el suelo completamente boca abajo con un cuchillo de carnicero clavado en su espalda. Apenas había rastro de sangre, alguien se había afanado en limpiarlo todo. Fue hacia un lado, hacia otro... miró al techo, a las escasas luces que en ese momento había encendidas en el mercado, se llevó las manos a la cabeza y comenzó a maldecir su suerte... una suerte que le había sido esquiva durante años y que precisamente hace solo tres se presentó en su casa en forma de trabajo, de un trabajo estable y aceptablemente

remunerado. Pero ahora... ¿Qué hacía él ahora con un fiambre en el suelo al que no se atrevía ni a mirar? Y encima con una estocada enorme. Hasta la bola.

Tomeu había venido al mundo en 1912, dos años antes de que las grandes potencias la liaran bien liada a cuenta del asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria, en Sarajevo, pero el destino, para su desgracia, le tenía preparada a él otra guerra, la guerra civil española de 1936, que le aportó constantes intercambios de disparos en el frente durante tres interminables años, su entrada a la fuerza en un batallón disciplinario durante cinco años más, al elegir luchar en el bando de los vencidos, y la marginación propia del que había pertenecido al ejército de los perdedores. Toda una cruz

que intentó llevar de la mejor manera posible, pero que le acarreó problemas, problemas y más problemas. Sin comerlo ni beberlo.

Ahora, con más de cien años a sus espaldas, procuraba tener una vida plena, llena de actividad, con algo de ejercicio, no mucho, que un siglo a cuestas es ya una pesada carga, mucha lectura, algo de cine y paseos por la ciudad, Ciutat la llaman sus habitantes, que le vio nacer. Atrás, muy atrás, quedaron los interminables días que acabaron con la ilusión del amor de su vida. No había tenido bastante con la maldita guerra, con el sufrimiento atroz en las trincheras, con la muerte agónica de muchos de sus compañeros, con las heridas gangrenosas que se llevaron a otros cuantos o los dejaron tullidos para el resto de sus menesterosas vidas. Y, sobre todo, con el odio cervical que se iba creando entre un bando y otro, pese a que muchos no tenían claro ni por qué luchaban, ya que la elección les fue impuesta por el territorio en el que habían nacido o desarrollaban su vida laboral. Pero si mala fue la guerra, la posguerra fue aún peor. Todavía se levantaba por las noches, sudoroso, asustado, con el corazón a punto de reventar su pecho, cuando recordaba, en forma de pesadilla, sus años en Ceuta en un batallón de trabajadores adonde había ido a parar por el enorme delito de pensar diferente de los que detentaban el poder a sangre y fuego con la imposición de la paz de los cementerios.

Cuando, con 32 años, Tomeu regresó a Palma de Mallorca, en abril de 1944, se encontró una ciudad diferente, en blanco y negro, en un ambiente enrarecido donde se palpaba el miedo, donde el temor podía cortarse con cuchillo por las calles. Tuvo conciencia más que nunca de las dos Españas. De una sociedad dividida en dos y con las heridas, en uno y otro bando, demasiado recientes, demasiado sangrantes, demasiado abundantes. Y con dolor. Con mucho dolor por la injusticia que supone ir a la represión o a la muerte por pensar diferente. Y se dio cuenta que esa situación no era ni siquiera patrimonio de los perdedores. Ya que los otros, los que habían ganado la guerra (¿se puede ganar una guerra?), también habían perdido mucho por el camino. Amigos, años, paz, ilusiones, una vida mejor.

¿Y el amor? ¡Ay el amor! Tampoco en esta faceta tuvo suerte Tomeu. No podía enamorarse de otra. Lina tenía diez años menos que él y un padre militar que había hecho la guerra en África con el general Franco y se sumó con él a la sublevación del Gobierno de la República legalmente constituido.

Pero el amor es el amor. Y después de tanta lucha, de tanto revés en la vida ¿iba a renunciar ahora a formar una familia con la mujer de su vida? Le había costado mucho. Demasiado. Pero, después de muchos avatares, había logrado un empleo como bibliotecario. Esa era una de las razones por las que, ya jubilado, visitaba con asiduidad la del Mercado del Olivar donde, en la parte alta se daban cita los libros, muchos libros correspondientes a una biblioteca municipal con 13 puestos de lectura y más de 5.000 volúmenes. Allí, mientras leía se le iba el santo al cielo y soñaba con lo que pudo ser y no fue. Lo de Lina duró casi tres años, pero la ruptura, propiciada por las presiones de los padres de ella, les cayó a ambos como un jarro de agua fría. Nunca volvieron a ser los mismos.

Él, tímido y retraído, no quiso aventurarse a nuevas relaciones amorosas. Siempre pensó que habría marcha atrás. Incluso cuando Lina se casó con un hombre del que no estaba enamorado, y del que terminó separada en los primeros albores de la democracia, creyó que nada había terminado. Pero estaba equivocado, terriblemente equivocado... Lina ya solo vivía, o malvivía -ya que la vida dio muchas vueltas y la situación económica se fue al garete con los ruinosos negocios de su ex marido- para su hijo, al que también le costó encontrar un puesto de trabajo. De guarda, en el Mercado del Olivar. Justo en el lugar donde ahora se encontraba. Con un cadáver, el de Tomeu, el hombre al que veía casi todos los días y cuya vida desconocía por completo.

El Mercado del Olivar lucía todo su esplendor tras la renovación llevada a cabo en 1997. Con más de 115 puestos, su disposición era muy diferente a la de 1951 cuando abrió sus puertas. Seguía con la apuesta por los productos autóctonos: las riquísimas ensaimadas, las cocas dulces y saladas, la oferta de quesos de la isla y de Mahón, la sobrasada, los pescados de la lonja de Palma, los productos de la huerta mallorqui-

na... Ahora con la puesta en marcha de tiendas delicatessen, la apertura de bares con productos típicos como el frit, la venta de productos de gastronomía oriental, las chamareras... El Mercado del Olivar lucía como cualquiera de los modernos establecimientos de la capital de España: el de San Miguel o San Antón, por poner dos ejemplos.

El guarda no podía salir de su asombro. Tras la esquina de la charcutería, una mujer delgada, enjuta, con un pañuelo de gran colorido en la cabeza, mostraba en sus manos el cuchillo ensangrentado que momentos antes estaba clavado en la espalda de Tomeu. Esa mujer era Lina, su madre. Pero no podía ser... Su madre había fallecido tres años atrás. Pocos días después, curiosamente, de encontrar él este trabajo. Se llevó un buen susto. El viejo le puso la mano

derecha sobre su hombro y el guarda desapareció sobresaltado. Era Tomeu, el viejo centenario que, como todos los días, iba al Mercado a dar su paseo matinal antes de que abrieran las puertas de la biblioteca. Balbuceó y dio las gracias. Se había dormido como un lirón por el cansancio de tantas horas de trabajo acumuladas. Poco a poco el bullicio fue creciendo y se extendió por todos los puestos del mercado. Había nacido una nueva jornada en el Mercado del Olivar. El guarda se restregó los ojos con la bocamanga. Y recordó a Gabriel Pericás, el matador de toros mallorquín, ya fallecido, siempre obsesionado con conseguir en la suerte suprema una estocada hasta la bolla.

Ilustración: Pablo Moncloa

